

RESPONSABILIDAD EN ÉPOCA DE TRANSICIÓN

Intervención del Ministro de Educación Nacional,
Francisco José Lloreda Mera
IX Encuentro Iberoamericano de Educación Superior Abierta y a Distancia
Cartagena de Indias, 25 de julio de 2001

Es probable que a muchos de ustedes les ocurra lo mismo que a mí, cuando piensan en educación: salen a relucir los recuerdos del colegio; los lápices prismacolor y la plastilina, los profesores y el recreo; la temida álgebra de Baldor, la disección de sapos en biología, y la tortura para los dedos meñique en mecanografía; salones rectangulares de clase, tableros y tiza, y los compañeros de pupitre y salón. Luego los de la universidad; programas fijos, textos determinados y clases magistrales. Remembranzas que de forma inconsciente cada cual asocia a educación; aspectos aún vigentes, pero que ya son anticuados para muchos de las nuevas generaciones. Presenciamos el inicio de la revolución de los más sólidos y tradicionales conceptos de la enseñanza y aprendizaje.

Una nueva cultura que plantea relaciones muy distintas entre los actores del proceso educativo, y éstos con el entorno: pertenecen a un mundo por descubrir, llamado virtual. De ahí lo que algunos estudiosos denominan la "generación net". Jóvenes y niños que parecieran haber nacido con un "chip" en el ombligo, y que viven intercomunicados entre sí; establecen relaciones cercanas en la distancia sin siquiera conocerse. Superan con naturalidad pasmosa las restricciones de tiempo y espacio, que marcaron tres milenios de la humanidad. Establecen una novedosa aproximación con la información, el conocimiento y el saber; realidad que nos obliga a pensar la educación, en sus más variados aspectos.

La tecnología influye como nunca antes en la educación. Al punto que muchos avances que apreciamos con asombro podrían ser un pálido anticipo de lo que se avecina. La educación ya no será la misma: los paradigmas actuales se desvanecerán, para bien o para mal. Los espacios virtuales y en línea, los sofisticados sistema de redes que acortan distancias y borran fronteras, son solo puntadas de un futuro fascinante, aunque algo impredecible. Esa fue una de las reflexiones de la Mesa Redonda de la Universidad de Oxford sobre educación superior, que reunió a rectores de las principales universidades del mundo. La universidad virtual y el "e-learning" que a muchos apantallan, son un asomo de lo que está por venir.

Estamos reunidos para hablar del tema y para hablar de educación superior a distancia en la era de las nuevas tecnologías. Podríamos empezar por afirmar que cada día que pasa, entre ambas se teje una alianza indisoluble, un matrimonio, donde la pareja en vez de excluirse o crearse sombra, se complementa. Más tratándose de la educación abierta y a distancia, acostumbrada a tratar con medios y metodologías alternativas para llegar donde nadie llega; para brindarle educación a quienes por distintas circunstancias no la tienen. "Llegar más, llegar mejor", una consigna que continúa vigente y en la que las instituciones que conocen de educación no presencial, si lo han hecho y bien, cuentan con una ventaja.

La tecnología se ha convertido en un instrumento de formación por excelencia. Debido a ella se pueden adquirir conocimientos y competencias lejos de las estructuras educativas y de las formas tradicionales de aprendizaje. Para María Amata Garito, impulsora de la enseñanza virtual en Italia, avanzamos hacia un proceso de enseñanza-aprendizaje integrado y abierto donde cada individuo es capaz de su propia formación, con la flexibilidad que le da ser propietario de su tiempo y de su espacio. Agrega que gracias a la comunicación satelital, se eliminan distancias y se adquiere un mayor número de conceptos en tiempos mínimos. Misión para la cual, según ella, no ha sido concebida la institución tradicional.

Se trata entonces, del acceso ilimitado a contenidos educativos sin restricciones de tiempo y espacio. Es probable que a la vuelta de unos años, la gente adquiera en la red los contenidos educativos producidos por diferentes empresas, que adelanten sus estudios en menos tiempo, sin pisar una institución de educación ni establecer contacto alguno con profesores o tutores, y

que luego validen sus conocimientos a través de exámenes en línea, proporcionados por el Estado, obteniendo su título correspondiente. En otras palabras, se rompe totalmente el monopolio de la enseñanza, como ocurrió con el monopolio de la información. Estará en todas partes, y por eso la oferta seguirá como nunca antes el dictado de la demanda.

La educación superior no será la misma. Si bien es cierto que las universidades más antiguas del mundo han vivenciado profundas transformaciones, fueron cambios lentos acompañados por el paso de los siglos. Lo que aterra de lo actual es que a más tardar en una década, las universidades en su sentido tradicional, podrán haber desaparecido. No se trata de encender alarmas, pero sí de entender que "los de antes, ya no somos los mismos". Que la rapidez con que avanzan la ciencia y la tecnología obliga a revisar el papel del estudiante, del profesor, de los programas, y lo más importante, el de la institución educativa. No hablo de ajustes simples sino de un cambio radical y sin precedente cercano, en la cultura educativa.

Los estudiantes mandararán. La oferta atenderá sus caprichos, en un escenario dantesco de paquetes educativos, preconcebidos o a la medida, con promociones y descuentos, y un marketing seductor. Sin embargo, en la medida en que la educación sea un servicio cada vez más accesible gracias a las tecnologías, el aprendizaje continuo desvirtuará la idea convencional de estudiante; así como en Grecia se confundía la Ciudad y el Estado, es probable que en un futuro no muy lejano todos seamos ciudadanos-estudiantes. Un servicio más, permanente y flexible, universal y personalizado, con puertas de entrada y salida, sin grados, niveles ni ciclos, para satisfacer todos los gustos y las necesidades.

Los profesores pasarán al anonimato. Al menos en el aprendizaje de algunas disciplinas. Muchos prepararán contenidos educativos para la red, seguramente a destajo y sin interlocución alguna con los usuarios. Otros asistirán, en la medida en que sean requeridos y necesitados, a los ciudadanos-estudiantes. Surgirán inquietudes jurídicas en torno de la propiedad intelectual de los contenidos y lo curricular, entre las instituciones y los profesores, o entre las empresas de contenidos educativos y quienes las provean de los mismos. Dependiendo de la institución, existirán los profesores de planta como empleados de planta, o proliferarán los "productores independientes de contenidos", y los "asistentes por llamada".

Las instituciones educativas serán desplazadas. Salvo que desde ahora se adecuen al cambio. Surgirán, como lo insinué, empresas educativas con capacidad de producir contenidos para todo tipo de disciplinas. No debe sorprender si en pocos años y a manera de ejemplo, poderosas empresas de software deciden comercializar paquetes en disco compacto para ingeniería industrial, derecho o enfermería. Contenidos de calidad, producidos por profesionales calificados, varios de ellos profesores jubilados de las mejores universidades. ¿Estarán las instituciones en capacidad de competir produciendo contenidos? ¿Cuál será su función en un escenario donde las economías de escala y el capital tenderán a imponerse?

Menciono una situación hipotética, que probablemente nunca se dé. Lo hago para ilustrar lo que podría suceder a los estudiantes, los profesores y las instituciones educativas, debido al impulso de las nuevas tecnologías y la idolatría de algunos por las mismas. Pero traigo a colación un escenario más probable y cercano de lo que muchos imaginan, capaz de producir un vuelco radical en nuestros sistemas educativos y en las instituciones, incluidas las abiertas y a distancia. Porque contrario a lo que algunos creen, la experiencia de éstas en la modalidad no presencial no las haría inmunes a la avalancha señalada. Todas las instituciones, estarían igualmente comprometidas; es deber de todas actuar con sensatez.

¿Cómo debe ser esa nueva educación? ¿Cuál debe ser el papel de las instituciones educativas? ¿Cuál el rol del profesor? ¿Existe un límite en la satisfacción de la demanda? ¿Es razonable equiparar el servicio educativo a otros como ocurre con el agua potable, la reparación de autos, o la intermediación financiera? ¿Será que se está presentando una infatuación con las nuevas tecnologías? ¿Cómo garantizar la calidad educativa? ¿Se agotó la educación tradicional? ¿Qué tipo de ciudadanos estamos formando? ¿Qué clase de profesionales nos proporciona una educación cifrada en las nuevas tecnologías? ¿Estamos seguros de estar preparando los seres humanos que requiere nuestra sociedad, nuestros países?

Estas y otras inquietudes deben primar. A futuro, la educación y la tecnología se confundirán la una con la otra. Esta llegó para quedarse, y necio sería negarlo: depende de todos nosotros, elegir su uso. Si caemos esclavos de una carrera desenfrenada por el aprovechamiento de las nuevas tecnologías sin medir sus efectos, o si nos cercioramos de poner las nuevas tecnologías al servicio de los más altos intereses sociales, reconociendo sus magníficas oportunidades pero sin ocultar sus flaquezas. Ahí está el núcleo del asunto, pues precisar el justo punto medio, el que nos permita llegar a más personas pero con educación pertinente y de calidad, no será fácil. Sin embargo, es hacia allá donde debemos apuntar.

Nos debe interesar formar ciudadanos, no simples profesionales. Ello exige no confundir la simple adquisición de información con la estructuración de conocimiento, y éste con el saber, y con el ser realmente útil a la sociedad. Porque no es acumulando datos que tendremos mejores ciudadanos; no es incentivando las actitudes ermitañas e individualista que tendremos mejores ciudadanos; no es a través de la acumulación de títulos, diplomas y certificados, que tendremos necesariamente mejores seres humanos. Personas integralmente formadas, sólidas en lo académico, rectas y nobles en lo personal, respetuosas en lo familiar y solidarias en lo social, es lo que necesitamos. No personas con licencia para destrozar.

Y en ese propósito es fundamental el profesor. Es natural que se deba familiarizar con las nuevas tecnologías, y que la enseñanza tradicional tienda a cambiar. Sin embargo, su responsabilidad no deberá supeditarse a preparar contenidos para la red, como seguro ocurrirá, sino que jugarán un rol determinante y profundamente exigente en programas académicos. Basta reconocer que así ya ocurre en muchas universidades del mundo, donde los profesores orientan el trabajo de los estudiantes y el tiempo convencional de clase es mínimo. Dejarán de ser transmisores de conocimientos para ser facilitadores en el aprendizaje. El regreso a la educación personalizada, donde el profesor además de maestro es un mentor.

La institución educativa debe subsistir. Para lograrlo deberá estar en capacidad, y así demostrarlo, de añadir valor agregado a través de su intermediación en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Su prestigio, la calidad de sus profesores, su capacidad de producir buenos contenidos y de estructurar programas en sintonía con las necesidades y requerimientos ciudadanos, constituyen cuatro ases. Cartas que se podrían valorizar a través de las alianzas, serias, con otras instituciones y con empresas, como ya ocurre. Teniendo el cuidado de no caer en un afán mercantilista que suplante el fondo por la forma; frágil en lo académico, sólida en lo propagandístico. Reto inmenso, no libre de tropiezos, de ensayo y error.

Debemos preguntarnos entonces, si los países iberoamericanos y Colombia en particular, están preparados para dichos desafíos. Es probable que las instituciones reunidas en este Congreso, debido a su experiencia en educación abierta y a distancia, consideren que sí. Soy un poco más escéptico, pues la velocidad con la cual se mueven las cosas, podría tomar por sorpresa a todos por igual. Más cuando tenemos en nuestros países deficiencias estructurales, y un divorcio marcado entre la educación secundaria y la superior. En otras palabras, el éxito de las instituciones terciarias dependerá en buena medida del avance que se logre en los primeros años de formación. Minimizar esa realidad es ir contra la realidad misma.

Si en Colombia, por ejemplo, no logramos mejorar la cobertura educativa en la educación secundaria y en especial en las áreas rurales, y no incrementamos en el próximo quinquenio la calidad educativa en el ciclo básico; si las pruebas de calidad continúan evidenciando que doce de cada cien estudiantes no comprenden lo que leen y un número mayor presenta deficiencias en su destreza numérica, en el caso remoto de acceder a la educación superior, lo harán con profundas limitaciones, reflejándose por supuesto en el desenvolvimiento académico, sea presencial o a distancia. Así ya lo entienden varias universidades en otros países, que han iniciado programas de acompañamiento a los colegios de secundaria.

La formación de los estudiantes en nuevas tecnologías adquiere entonces especial relevancia. Desde la educación básica, para que su proceso en la educación superior dé los resultados. La simple instalación de computadores en las casas, en los salones de clase o comunales, incluso

en los lugares más lejanos, siendo necesarios, no asegura que el estudiante sea mejor. Sólo en la medida en que entiendan los lenguajes, códigos y conceptos, y las oportunidades que ofrece la red, pueden aprehender y aprender: acceder y usar la información universal para adquirir conocimientos pertinentes. Si ocurre lo contrario, y no alcanzan el tren de la tecnología, en vez de tender puentes, ésta ahondará el abismo, acrecentará la exclusión.

Un horizonte provocativo y desafiante, tenemos al frente. Nunca antes la educación contaba con tantas herramientas para cumplir su propósito; nunca antes, sin embargo, con tantos interrogantes. Por eso celebro la realización del IX Encuentro Iberoamericano de Educación Superior Abierta y a Distancia, que con el liderazgo de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia de Colombia, y la participación de distintos países, permitirá crear un espacio de análisis y discusión de excelente nivel, contribuyendo a resolver algunas de las múltiples inquietudes que arroja el tema. No podría ser distinto, pues la discusión de fondo no es otra que el futuro de la educación. No admitirlo sería como tapar el sol con las manos.

El 20 de julio pasado, día en que se conmemora la independencia de Colombia, el Señor Presidente de la República, al instalar las sesiones ordinarias del Congreso, hizo énfasis en su intervención sobre la responsabilidad de los gobiernos en épocas de transición. Si bien hizo especial referencia a las medidas económicas que ha impulsado el gobierno, es una reflexión que debe ser tenida en cuenta al momento de hablar de educación superior a distancia. Es entendible el impulso dado por las instituciones a los programas a distancia en los últimos cinco años, y el interés por llegar con más programas en todos los países. Creo sin embargo que contrario a lo que muchos piensan, no hemos arribado aún a un puerto seguro en relación con las nuevas tecnologías, estamos en una transición.

Transición que reclama no solo de los gobiernos sino de quienes le han dedicado su vida a la educación, inteligencia. Está en juego lo más preciado de una sociedad, la formación de sus ciudadanos. La tentación de compartir experiencias y de apreciar con envidia los grandes logros en educación abierta y a distancia, es humana. No obstante, el momento es propicio para ahondar en las grandes preguntas, y atreverse a dar respuestas. Las difíciles, las que nos ayudan a desentrañar la razón de ser de la educación superior en el nuevo milenio. ¿Cuál debe ser la misión de las instituciones? ¿Cuál el de la educación abierta y a distancia? ¿Cuál el uso de las nuevas tecnologías? ¿Cómo garantizar calidad en los programas?

La invitación recibida para asistir a este importante encuentro, revestido por olas de mar y brisa cartagenera, reza en uno de sus apartes que "explorar el futuro es situarnos en el campo de lo posible, es cometer la osadía de desafiar lo ya establecido, es pensar diferente. Por ello, planear el futuro únicamente a partir de las proyecciones del pasado, es hacer el trabajo a medias. Construir el futuro equivale a evaluar el pasado, analizar el presente, e imaginarnos nuevas realidades que además de ser deseables, sean posibles." Yo le agrego con la venia de los poetas que tratándose de la educación superior a distancia, además de ser deseables y posibles, deben ser responsables, y ser de excelencia.

MUCHAS GRACIAS.